

Civilización empática como futuro ideal

«El impacto psicológico de la globalización ha sido tan importante como el económico. Los humanos estamos expuestos, cada vez más, al resto de personas por vías inauditas. Aun cuando se da amplia cuenta de las reacciones violentas provocadas por la globalización —la xenofobia, el populismo político y la actividad terrorista—, se ha prestado mucha menos atención a la creciente extensión empática, a medida que cientos de millones de personas han entrado en contacto con otros. El prácticamente ilimitado mundo del mercado global se ha visto acompañado de un espacio social más ilimitado todavía. Cientos de millones de seres humanos se han convertido en parte de una diáspora flotante global, y el mundo en sí se está transformando en una plaza pública universal».

Jeremy Rifkin en *La civilización empática* (Paidós, 2010)

Elisa G. McCausland

LA SOCIEDAD ESTÁ CAMBIANDO, pero solo unos pocos idealistas parecen haberse dado cuenta. En estos tiempos de crisis, donde el interés propio prima sobre el ajeno, una palabra como «empatía» no sintoniza con el ánimo generalizado. Sin embargo, y desde los márgenes, ciencia y tecnología no paran de empujar para que el cambio suceda. La revolución tendrá sus insignes protagonistas. Las neuronas espejo en el apartado científico, Internet y las redes sociales en el tecnológico y las energías renovables en el ambiental; todos a una, en pos del cambio tecnológico. Y la civilización empática como promesa de futuro que, según algunos, ya está sucediendo. ¿El freno? La inconsciencia, dice el economista Jeremy Rifkin. Cuando la supervivencia se vea seriamente amenazada, quizá sea demasiado tarde.

Neuronas espejo

Todo comenzó con unos científicos respondiendo preguntas más propias de la filosofía que de la ciencia. Cuestiones como, «si tengo acceso a mi propia mente, qué es lo que hace posible que entienda al otro» o «cómo es posible que el otro comparta sus estados mentales conmigo» han sido contestadas por el neurocientífico Marco Iacoboni y su equipo en el ensayo *Las neuronas espejo* (Katz Editores, 2009). Éstas ofrecen, por primera vez en la historia, «una explicación

La llamada «sociedad del conocimiento» parece haber puesto de acuerdo a investigadores y científicos sociales en lo que al «nuevo paradigma productivo» se refiere. El desarrollo económico poco tiene ya que ver con la materia; en el tiempo de los intangibles, el conocimiento es el rey

neurofisiológica plausible de las formas complejas de cognición e interacción sociales. Al ayudarnos a reconocer las acciones de otros, también nos ayudan a comprender las motivaciones más profundas que las generan, las intenciones de otros individuos». Y es que Iacoboni demuestra, con diferentes experimentos, que el cerebro es capaz de reflejar de manera especular los aspectos más profundos de las mentes ajenas. Él lo llama «neurociencia existencialista» porque, desde su punto de vista, el descubrimiento de las neuronas espejo «nos invita a abrazar el significado de este mundo, el mundo de nuestra experiencia, en vez de identificar el significado con un plano metafísico, fuera de nosotros mismos».

Así pues, el que el ser humano pueda ponerse en el lugar del otro se debe a

unas células especiales que le permiten entender a los demás. Y aquí surge la duda. ¿Nacemos empáticos o se trata de un potencial que ha de ejercitarse? «A pesar de que en el ser humano todo acaba viniendo de una interacción entre cultura y biología, esta vez la báscula se inclina más a lo fisiológico», responde el psicoterapeuta Luis Muiño. «Nacemos, más o menos, empáticos. Lo que se ejercita es la inteligencia interpersonal, es decir, la capacidad para hacer algo útil con esa carencia o abundancia de empatía». El germen para el cambio social se encuentra, una vez más, en la voluntad para dicho cambio. No obstante, no hay que perder de vista los saltos tecnológicos que han transformado el mundo en el «ágora universal» a la que hace referencia Jeremy Rifkin.

Las nuevas tecnologías han propiciado conexiones innovadoras con diferentes resultados. Hasta que aparecieron en escena, una persona tendía a relacionarse solo con otras que se le pareciesen, «individuos que vivieran en su misma localidad, con circunstancias parecidas, con ritmos vitales similares y que se divertían de la misma forma», comenta Muiño. «Desde el apogeo de las nuevas tecnologías, esto ha cambiado. Ahora conversamos y nos relacionamos con personas que no se parecen nada a nosotros. Y eso nos ayuda a entender a los que son distintos». También ayudan a acortar distancias y a establecer nuevas

formas de relación. Muiño recuerda una cita de Aldous Huxley —«El mundo no lo cambian las ideologías, lo cambian las tecnologías»— para ilustrar que «es el medio el que da forma al mensaje. Luego, la cultura, en su intento por adaptarse, cambia un poco el medio. Pero lo fundamental es el primer paso».

Tercera revolución industrial

Los grandes cambios económicos de la historia tienen lugar cuando las revoluciones en las comunicaciones convergen con pioneros regímenes energéticos; el resultado no es otro que el de crear nuevos escenarios vitales. Jeremy Rifkin asegura que nos encontramos en uno de esos puntos de inflexión históricos. Bautizada por él como «Tercera Revolución Industrial», podrá llevarse a cabo si el mercado decide comprometerse con las energías renovables, idea que comparte Juan José Sánchez Inarejos, autor de *La globalización al desnudo* y profesor de la Universidad Politécnica de Madrid. En opinión de este profesor de ingeniería, la revolución energética es necesaria. Los combustibles fósiles se agotan y el calentamiento global amenaza con llegar a un punto de no retorno. Sin embargo, asegura que la revolución industrial que propone Rifkin solo se podrá consolidar en el caso de que, a la revolución energética, le preceda «un cambio social y personal».

Rifkin es consciente de ese cambio que, desde su prisma, ya se está dando. Se trata de un «nuevo paradigma productivo» sustentado por la «sociedad del conocimiento» que, a su vez, depende del desarrollo tecnológico. Y es que, para que esta Tercera Revolución Industrial sea viable, las tecnologías de la información y de la comunicación deberán converger con las energías renovables. Las primeras serán el mecanismo de control de las segundas, así será como se garantice la nueva distribución de la energía. Lo explica en su ensayo *La civilización empática* (Paidós, 2010) de la siguiente manera: «Hoy en día, las tecnologías de la información y las comunicaciones que inauguraron la era de Internet se están utilizando para reconfigurar las redes energéticas del planeta, permitiendo a millones de personas recolectar y producir propia energía renovables en sus propios hogares, oficinas, grandes almacenes, fábricas y parques tecnológicos y



compartirla de un extremo a otro a través de redes inteligentes, exactamente igual que producen y comparten su información en el ciberespacio».

Sánchez Inarejos, por su parte, recuerda que, «aunque la globalización y las comunicaciones nos han homogeneizado bastante, no todo el mundo tiene el mismo grado de desarrollo humano, tecnológico o político». Concibe como un disparate la esperanza de que «todo el mundo dé el mismo paso, al mismo tiempo, hacia el mismo futuro». Según él, el paso hacia la empatía global solo lo podrán dar, de forma estable, las élites de los pueblos más desarrollados. «Quienes estén en posiciones más retrasadas no tendrán opción de entrada en el mundo empático de forma segura y estable en un solo salto», sentencia.

Economía líquida

La llamada «sociedad del conocimiento» parece haber puesto de acuerdo a investigadores y científicos sociales en lo que al «nuevo paradigma productivo» se refiere. El desarrollo económico poco tiene ya que ver con la materia; en el

tiempo de los intangibles, el conocimiento es el rey. Este nuevo paradigma ha abierto nuevos horizontes y, por ende, ha transformado el panorama profesional. La cibernética, la biotecnología o las telecomunicaciones han revolucionado el mercado. Las redes, y lo que hay sobre ellas, han dado alas al concepto de «capitalismo distributivo». Sustentado por la potencial democratización de la energía —acceso a la energía como un «derecho social inalienable»— esta vuelta de tuerca apuesta por la organización hiperlocal para impulsar el cambio a nivel global. «Si millones de personas y comunidades en vías de desarrollo se convirtieran en productoras de su propia energía, el resultado sería una notable transformación en el reparto de poder», plantea Rifkin en su ensayo. Los habitantes de las zonas locales no estarían sujetos a la voluntad de centros de poder lejanos. Así, cada comunidad podría producir bienes y servicios de forma local para venderlos en el mercado global. Esta sería la esencia de una política de desarrollo sostenible que requeriría el compromiso de todos los actores



internacionales para llevar a buen término una «reglobalización» desde abajo, donde las naciones desarrolladas, junto con la industria y las organizaciones de la sociedad civil, ayudarían a los países dependientes a dar el salto tecnológico.

El contrapunto realista lo pone Carlos Ballesteros, profesor de Márketing en la Universidad Pontificia de Madrid, al recordar que la gran dificultad para que estos sistemas comunitarios y cooperativos fructifiquen estriba en nuestra esencia egoísta. «Mientras no hagamos sociedades inclusivas donde todas las personas valgan lo mismo y no se les mida por lo que tengan, de nada nos valdrá cambiar los adjetivos del capitalismo —de feroz a distributivo—, lo que hay que cambiar es el sustantivo».

Soluciones para una crisis

Una crisis económica globalizada plantea una necesidad de colaboración coordinada y comprometida. El reto reside en cómo organizar esos esfuerzos, en pro de la igualdad, a la hora de repartir la tarta. Ballesteros sugiere una política

agresiva de redefinición de organismos internacionales como el Banco Mundial o el fondo Monetario Internacional (FMI). Redefinir el papel y los intereses de Naciones Unidas también sale en la lista, junto a la supresión de los paraísos fiscales, el establecimiento de impuestos e incluso «considerar un delito contra la humanidad la especulación financiera». Su apuesta es por la educación y la participación. «Es necesario seguir inventando una economía basada en la calidad de vida de las personas como actores y protagonistas de su propio desarrollo y dejar de considerarles destinatarios de las decisiones de otros», dice Ballesteros. Citando al economista y educador brasileño, Marcos Arruda, defiende el empoderamiento de la sociedad civil, especialmente en el mundo del trabajo. Participar, de manera horizontal, de la producción, distribución y consumo es la reivindicación de este profesor de Márketing, crítico con las instituciones y escéptico ante la promesa de poder agencial ofrecida por las nuevas tecnologías.

En el otro extremo están los que abrazan la «informática distributiva» como principio económico y la participación altruista de masas como panacea. Recopilar datos, compartir conocimiento y solucionar problemas es lo que se entiende por *wikinomía*, un modelo que ha demostrado ser sorprendentemente eficaz en el marco de la sociedad del conocimiento y que ha llegado a eclipsar a profesionales especializados en sus propias materias. Este fenómeno es conocido como la «sabiduría de las multitudes», también denominada al principio del *boom* de la *blogosfera* «inteligencia colectiva». Se trata de trabajo en equipo, aunque haya kilómetros de por medio. Un cambio de mentalidad propiciado por la tecnología que exige al ciudadano, al profesional, al consumidor un giro en su forma de pensar. Cuando antes vean que «la economía ha dejado de ser una competición entre compradores y vendedores enfrentados entre sí, para convertirse en una empresa cooperativa entre jugadores que comparte una misma mentalidad»¹, antes entrarán en el siglo XXI. ■

1. Página 253 del ensayo *La civilización empática*, de Jeremy Rifkin.